ALBORES de ESPIRITU

MUCHACHOS EN EL CAMPO (Cuadro de López Torres)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores : #18, 4/1948.

Sumario

FIGURAS HISTORICAS DE LA MANCHA: DIEGO DE ALMAGRO, POR FRANCISCO PEREZ FERNANDEZ, Pág. 3.—FLOR DE RIBERA, *poesía*, POR FRANCISCO TOLSADA, Pág. 9.—MUCHACHAS DE PUEBLO, POR MARIA ISABEL PEDRERO SERNA, Pág. 10.—EL POETA CUENTA UN DIALOGO, *poesía*, POR ANGEL CRESPO Y PEREZ DE MADRID, pág. 11.—CALATRAVA LA NUEVA, *reportaje gráfico*, POR ANTONIO MERLO DELGADO, págs. 12 y 13.—COMENTARIOS AL DISCURSO DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, POR JOSE S. SERNA, Pág. 14.—SONETOS, POR JUAN PEREZ-CREUS, Pág. 18. HE AQUI QUE UN AMIGO LEJANO VUELVE A SERVIRSE DE SU «GUIA»..., POR JUAN ALCAIDE SANCHEZ, Pág, 19.—EL MIEDO, *cuento*, POR ANGEL DOTOR, Pág. 21.—GALERIA DE PUBLICACIONES, Pág. 23.

Año III

Abril 1948

Núm. 18

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Albores
DE ESPIRITU
Revista mensual de exaltación manchega
Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —
AÑO III TOMELLOSO, abril de 1948 NUM. 18

Figuras históricas de la Mancha

Diego de Almagro

Ignorancia y malicia en torno al conquistador del Perú y descubridor de Chile

LA noticia se ha publicado en la gran Prensa hace unas semanas. La difundía así una agencia informativa: Cuzco, 22.— Acaban de ser hallados, enterrados en una cripta especial de la iglesia de la Merced, los restos mortales de tres conquistadores españoles cuyo paradero se investigaba desde hace más de cuatrocientos años. Se trata nada menos que de Diego Almagro *(el Viejo)*, descubridor de Chile y codescubridor del Perú; Diego Almagro *(el Joven)* y Gonzalo Pizarro, hermanastro de Francisco Pizarro. Los cuerpos se encuentran dentro de ricos féretros en criptas situadas bajo el altar de la Inmaculada».

La aparición de los restos de Diego de Almagro en la misma ciudad que fué motivo de litigio entre los dos grandes conquistadores del Perú y escenario de la trágica muerte del ínclito manchego, ha puesto de actualidad nuevamente la figura de este hombre singular, tan discutible y discutido. No importa que sus mismos paisanos, los almagreños, y todos los manchegos en general, mantengan fría indiferencia ante la memoria del más insigne comprovinciano en la epopeya de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

la conquista americana. Pasó el año del centenario—ciertamente que no estábamos en 1938 para conmemoraciones históricas—, pero también es verdad que nadie se ha acordado luego de reivindicar la memoria de Diego de Almagro, tan zarandeada por los panegiristas de su compañero y rival Francisco Pizarro. No hay en esta Mancha nuestra, poco aficionada a ensalzar a sus hijos ilustres, ese espíritu que anima a otras regiones españolas, más celosas de sus glorias y de sus hombres. Ni un solo monumento, ni un busto sencillo siquiera, perpetúa con la perennidad del bronce o la piedra las figuras señeras de los manchegos ilustres que en el mundo fueron.

Pero ahora, ante la aparición de los restos del conquistador, coincidente con un despertar cultural y científico en toda la provincia, del que es buena prueba la actuación del Instituto de Estudios Manchegos, aspiramos con este trabajo a movilizar espíritus y esfuerzos con el fin de rendir a Diego de Almagro el homenaje que le deben su ciudad natal y la provincia toda.

Que no hay nada como la resurrección histórica de las figuras gloriosas, para ejemplo y estímulo en el presente y en el porvenir.

He aquí la figura prócer de don Diego de Almagro, compañero de Pizarro en la conquista del Perú e iniciador, con su marcha penosísima a través del desierto de Atacama y la cordillera andina, de la epopeya chilena que cantara Ercilla en su Araucana.

¡AQUEL 8 DE JULIO DE 1538!

HERNANDO Pizarro, el mayor y el de más desgraciada fama de todos los hermanos, ha firmado la inicua sentencia. Y hasta con ciertos pujos de bondad— ¿no es miedo a una posible asonada de los almagristas, «los de Chile», tan bravos como numerosos? — ha accedido a la petición reiterada que le hacen altos personajes cuzqueños: la ejecución no será pública, sino en la prisión donde está celosamente guardado el anciano y enfermo Adelantado del Sur.

Mala memoria tiene el tal Hernando. Porque Diego de Almagro ha sido el compañero fiel de su hermano Francisco en la hora heróica de la conquista. Lo dió todo: su dinero, su prestigio, sus indomables energías, ¡hasta un ojo!, por ayudar al trujillano. Diego de Almagro organizaba las empresas, reclutaba la gente, disponía los aprestos, equipaba los barcos, se entrevistaba con las autoridades... ¡y luchaba! ¡Luchaba también! Con el mismo denuedo y con idéntica valentía, por lo menos, que el más aguerrido y esforzado. ¡Y todo lo había perdido! ¡Y hasta le negaban, después de la épica marcha que dió lugar el descubrimiento de Chile, la posesión de aquella ciudad de Cuzco, que con recto criterio de querer entender le otorgaba el Emperador!

¡Hernando Pizarro tiene mala memoria! Tan mala, que ya no se acuerda de meses atrás, cuando él y su hermano Gonzalo eran los prisioneros, en esta misma celda precisamente, y Diego de Almagro, dueño de sus destinos, les otor-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

gaba generosa libertad, fiado, como siempre, en las promesas y buenas palabras —habladas y escritas—de Francisco Pizarro, el veterano compañero en la conquista.

Hernando, el vengativo y rencoroso Hernando, ha decidido la muerte de Don Diego. A espaldas de su hermano y jefe se ejecutará inmediatamente la sentencia. (Dejemos a un lado criterios de respetables historiadores sobre este punto, aún no esclarecido, en el que no sale muy bien parada la fama del Marqués). Hernando ha permitido durante dos largos meses, con refinada crueldad, que Diego de Almagro se hiciese ilusiones de recobrar la libertad perdida. Y desoyendo las razonadas y siempre viriles súplicas del decaído prisionero, le anuncia su muerte y le recomienda que ordene su alma con Dios.

Diego de Almagro sabe ahora positivamente que no hay esperanza. Ante notario hace su testamento: designa como sucesor a su hijo Diego, el que hubo con aquella bella india panameña, bajo la tutela del captián Diego de Alvarado; y por heredero de todos sus bienes, al mismo Emperador Carlos V, quizá con la ilusionada esperanza de que algún día haga la debida justicia al crimen que se va a cometer.

Confiesa y comulga contritamente... Ya espera el instante final. El verdugo —¡triste misión la de aquel hombre, que cuatro años después sería también ejecutor del joven Diego!—aprieta la garra de la horca en el cuello... El cuerpo senecto del Adelantado Don Diego de Almagro cae exánime.

¡Pero aún no es suficiente! La venganza repugnante de Hernando Pizarro no se sacia con esta ejecución, que tiene ahora una segunda parte, más macabra aún: en la plaza principal de la Cuzco incaica, ante una multitud atemorizada y sobrecogida, el golpe seco del hacha del verdugo separa la cabeza del tronco. Y mientras un alguacil vocea el pregón de infamia: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. y Hernando Pizarro en su nombre...», las gentes se retiran en silencio. Un silencio más preñado de amenazas que la peor tempestad de gritos.

Y allí quedó la cabeza de Diego de Almagro, con su único ojo espantosamente abierto, goteando sangre en el garfio de la ignominia...

Aquel 8 de julio de 1538 era el primer acto de la tragedia

HAY MUERTES...Y MUERTES

MORIR, Señor! ¡Pero de esta manera...!

La figura prócer de Diego de Almagro sufrió una ejecución doble: ahorcado primero y decapitado después. Peor aún que el más abyecto de los criminales.

Ciertamente que un trágico destino se cernió al final de la inmensa mayoría de aquellos ínclitos conquistadores, navegantes y aventureros. El mismo Pizarro moriría después, asesinado por los vengativos almagristas; pero, al menos, luchando como un héroe y besando la Cruz que trazara en el suelo con su propia sangre. Y Valdivia, el gran continuador en la empresa de Chile, caería ante la indómita fiereza de los valientes araucanos. No fué más afortunado Solís, el descubridor del Plata, devorado por los antropófagos guaraníes. Ni el esforzado Magallanes, acribillado por las flechas envenenadas de los indígenas de Mactán. Ni Juan de Ayolas, el explorador del Paraguay y fundador de la Asunción, ase-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

sinado por los indios «payaguas», que le habían brindado engañosa hospitalidad... O Alonso Niño, el piloto de la primera hora colombina, acabado en las lobregueces de una prisión, entre los papeles de un merecido proceso. O Lope de Aguirre, «el Peregrino» que se alzaría contra el Rey, matando a su propia hija para evitarle, en un trágico exceso de cariño, posibles ultrajes después de su suicidio.

El mismo Colón, aunque de muerte natural, había acabado en Valladolid tan oscurecido y abandonado como, años después y en circunstancias semejantes, rendiría su vida Hernán Cortés en el pueblecito sevillano de Castilleja de la Cuesta. Mil veces preferible es la muerte callada y bendita, en la placidez de un claustro y con la compañía de buenos religiosos, como la tuviera Alonso de Ojeda, «el Caballero de la Virgen», héroe de Venezuela y vida novelesca, y aquel Fray Andrés de Urdaneta, el que descubrió la ruta para regresar desde Filipinas. O las de nuestro noble y apenas conocido paisano, el esclarecido ciudarrealeño García Jofre de Loaysa, y el gran Sebastián Elcano, víctimas ambos del escorbuto, que tienen como tumba las profundidades abismales del Pacífico.

Algún otro, como Balboa, sufrió también muerte parecida en el infamante patíbulo. Pero la autoridad de Pedrarias como Gobernador del Darién dió a la sentencia un tinte de legalidad, aunque no de estricta justicia, que nunca tuvo la ejecución de Diego de Almagro, ordenada por el rencoroso Hernando sin conocimiento de su hermano Francisco, y hasta con usurpación de funciones justicieras que sólo incumbían al Emperador.

¡Morir, morir!

Pero la vida esforzada del bravo capitán manchego no mereció aquel final de infamia.

LA LEYENDA Y LA HISTORIA

La tradición, de boca en boca, pasó hasta los libros: refiérese que Dieguillo, allá por el 1490, servía como criado a unos señores muy principales de Almagro, que vivían en la calle hoy llamada de las Dominicas. Cierto día enviáronle por vino, y al llegar al sitio que hoy ocupa la Iglesia de Madre de Dios,

La señorial villa de Almagro, patria del conquistador del Perú, antiguamente llamada "la ciudad de las encajeras y los caballeros", conserva como testimonio de su espléndeloso pasado estas mansiones solariegas, tales como el palacio del Conde de Valparaíso...

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

...el del Marqués de Torremejía (a la derecha) y la Casa Rectoral (al fondo), en cuyas fachadas se encaraman todavía los escudos y armas de la antigua nobleza manchega. (Fotos A. Merlo Delgado.)

que entonces era una plaza limitada al saliente por el Hospital del mismo nombre, encontróse a unos mozalbetes de su edad. Jugó Dieguillo el dinero, lo perdió y, avergonzado de su debilidad o temeroso del castigo, desapareció. Pasaron los años, hizo fortuna y, recordando la causa de ella, envió a su villa de Almagro una cantidad considerable para que en el mismo sitio en que perdió el dinero se levantase la Iglesia de Madre de Dios.

Otros historiadores (?) ha habido que inventaron la fábula de que se le encontró en Almagro, abandonado en el claustro de una iglesia. Y algunos, llevando la invención hasta el disparate, salieron con el cuento de que tal vez era hijo de un clérigo... Más aún: hay quien niega, por mero capricho o por copiar sencillamente a quienes antes incurrieron en garrafal ignorancia, la progenie y naturaleza manchega de Diego Almagro. Y le hacen ambiguamente extremeño, sin puntualizar el lugar concreto del nacimiento, escudándose en un dudoso paisanaje con Pizarro.

Expósito... Hijo de clérigo... Natural de Extremadura... Y esto se escribe por hombres doctos. Y se imprime en gruesos volúmenes. Y se estampa en manuales que sirven de libros de texto, refrendados por autoridades superiores, para estudiantes del Bachillerato.

¡Basta ya! Dejémonos de leyendas, más o menos arropadas con anécdotas pintorescas y atrayentes, prescindamos de esa manera cómoda de escribir la Historia, copiando sin más averiguación lo que otros dijeron, y vayamos a las prístimas fuentes de la investigación, al documento coetáneo y veraz, quizá no tan subyugador y fascinante como la fábula inventada y repetida, pero más de acuerdo con la rigurosidad científica del método histórico.

Y diremos entonces—y no estará mal que así se propague y repita en los manuales al uso—que Diego de Almagro tuvo sus padres legítimos: Juan Montenegro y Elvira Gutiérrez, naturales y vecinos de Almagro. Juan Montenegro, padre del ilustre Adelantado del Sur, era copero del Maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón. Y la madre, Elvira Gutiérrez, al quedar viuda, casó en segundas nupcias con un tal Cellinos, de cuyo matrimonio nació Leonor de Cellinos. Otra hermana de Elvira, Leonor Gutiérrez, tuvo un hijo llamado Diego de Sevilla, primo carnal, por consiguiente, de Diego de Almagro.

Pues bien, este Diego de Sevilla y la hermana de madre del gran conquistador, Leonor Cellinos, presentaron el 15 de mayo de 1540, antes de cumplirse los dos años de la tragedia de Cuzco, una querella criminal ante la Justicia, en Ma-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

De la época de la Conquista es esta calle de la ciudad de Cuzco, la histórica capital del Imperio incásico, que se levanta a tres mil ochocientos metros de altura, a orillas del Huatanay, subafluente del Amazonas, y se recuesta sobre el colosal espinazo de los Andes gigantes

drid, pidiendo el castigo de Pizarro, al que ambos acusaban del asesinato de su hermano y primo.

Un documento se guarda en el Archivo de Indias sevillano—venero inagotable para cuantos quieran y puedan investigar en las cosas americanas—que es el original de la causa entablada. Y en él consta, además de lo anteriormente expuesto, que "*el dicho D. Diego de Almagro, mochacho pequeño, se crió en Aldea del Rey, y en la villa de Almagro, y Bolaños, el cual se crió primeramente con Catalina Peral, en la dicha villa del Aldea del Rey; y que por ser dicho Adelantado D. Diego de Almagro, natural originario de la dicha villa de Almagro, tomó denominación de la dicha villa; e continuamente se dijo que era desta dicha villa de Almagro, hermano y pariente de los susodichos...*" (Leeonor Cellinos y Diego de Sevilla).

No será difícil que el investigador sesudo y paciente encuentre en el mismo Archivo otros documentos de análogo interés, que contribuyan a la total reivindicación—en su nacimiento oscuro, en su vida pletórica y en su injusta muerte—de Diego de Almagro. Porque si la bibliografía es meritísima al tratar la Historia en general de la Conquista del Perú y abundante también por lo que se refiere a su excepcional caudillo Francisco Pizarro, desciende en número y calidad al estudiar concreta y particularmente la vida de nuestro paisano.

El estudio de Perea Bustamante «Vida y hechos del conquistador Almagro», editado en París, 1859. El documentado folleto de nuestro paisano el académico D. Antonio Blázquez, titulado «El Adelantado Don Diego de Almagro». El ensayo de Pérez de la Ossa sobre «Almagro y la epopeya de los Andes», Madrid 1935. Las notas aclaratorias del insigne almagreño D. Federico Galiano y los aislados trabajos de vulgarización, en periódicos y revistas, de recta intención, pero de tan modestos alcances críticos como el presente, son bien poca cosa para lo que merece el descubridor de Chile, a quien se trae y se lleva en los libros dedicados a Francisco Pizarro, elevándole hasta la perfección o denigrándole hasta la ignominia, según sean apologistas o detractores del fundador de Lima.

Y estos historiadores, desgraciadamente, casi nunca se colocaron en el centro de la probidad histórica, que es la escueta y sencilla Verdad.

Francisco Pérez Fernández.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Flor de Ribera

«¡Flor de ribera!». Molino
blanco como una azucena.

Perezoso y lento, el río
entre los olmos serpea.
Ribera baja. Meandros,
carrizales y junqueras.

Los altos cielos se miran
sobre la corriente lenta.
Hay penumbra en los recodos,
resol en las lomas yermas,
luz de ocaso en los fangales,
verde reflejo en las vegas,
flautas de sapos ocultos
entre la rala maleza...

Una puente carcomida
alza su lomo de piedra
—gigantesco dromedario—,
de la una a la otra ribera.
Una recua..., y otra..., y otra,
cruzan y pasan la enhiesta
curvadura de la puente
hacia la ribera opuesta.

Y un álamo centenario,
de plateada corteza,
ceremonioso se inclina
para ver las aguas muertas.

¡Perezosas, lentas aguas,
remansadas en las presas,
de los ríos de mi tierra!
¿Qué oscuro destino os guía?
¿Qué mar lejano se os lleva?...

«¡Flor de ribera!». ¡Molino
blanco, como una azucena,
junto a los muros dormidos
de Calatrava la Vieja!...

Francisco Tolsada.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

MUCHACHAS

Para ti, mujer

de Pueblo

NOS ponemos hoy a escribir sin saber ciertamente de qué vamos a hablar. Con nuestra palabra de mujer nos comprometimos a llevar adelante esta página femenina, página que, sin darnos cuenta, hicimos algo íntimo aunque las más de las veces nuestra personalidad quedó en el tintero porque al mundo—a este pícaro mundo—no le interesa saber cómo somos.

Al fin y al cabo una vida que, no resignada, sino alegremente, está encerrada en unas fronteras pueblerinas, puede dar al viento de la publicidad muy poco fuera de su sencillez. Los pueblos entre otras cosas, tienen la virtud de contagiar su tranquilidad a los que llegaron a amarlos.

Las muchachas de pueblo... ¡alto! que acabamos de encontrar el tema a desarrollar hoy; aunque esto de tema a desarrollar no nos gusta ni un poquitín, digamos más bien la charla femenina de este mes, sin que la palabra charla asuste a los que conocen nuestra resistencia en la conversación prolongada porque—por suerte tal vez—en nuestra Revista tenemos limitada la extensión.

Hemos dicho que íbamos a hablar de las muchachas de pueblo y resulta que...no sé, es algo así como miedo pero de un tamaño un poco mayor, lo que nos produce el enfrentarnos con tantas opiniones como ya hemos oído.

¿Qué estoy diciendo? ¿miedo? ¡eso querrán escuchar nuestros eternos polemistas! No; nos sobra valor para defendernos. Y ahora, sin acaloramientos, no pretendemos alardear de superioridad porque las chicas de pueblo tenemos virtudes y defectos como las jóvenes de capital.

Está muy equivocado el que crea que a una mujer no le es más fácil poner en juego todas sus mañas de feminidad que ser un poco sencilla o un poco del montón. El sentido de la mujer se lleva dentro; la que no coquetea, es sencillamente porque no quiere, no porque no sabe. El atractivo de mujer tampoco va en aumento con el adelanto de población, demostración sencilla de que no existe diferencia entre las jóvenes de uno u otro lugar.

El amoldarse al ambiente también es don que nace con la mujer. Cuesta más conservar nuestra personalidad en cualquier momento que transformarnos en el tipo que en cada momento predomina.

Sonreir cuando sabemos que se nos va a dar el título de simpáticos o reir a carcajadas cuando podemos lucir una bonita dentadura es facilísimo. Sostener una forma recta de obrar en contra de lo corriente del mundo es ya bastante menos fácil.

Como la unión hace la fuerza y nosotros por encima de todo defendemos a la mujer, no vamos a dividirnos en partidos de capital y de pueblo, pero sin poner más virtudes ni defectos en una que en otras, queremos demostrar que el haber

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

nacido en la más pequeña aldea no implica demérito en la mujer. Sépanlo las que parecen avergonzarse del calificativo de paletas y sépanlo también las que miran por encima del hombro a la joven que se axfisia con el olor a gasolina. El campo tiene aromas más puros y más suaves y no es extraño que acostumbradas a llamar al cielo cielo y a la tierra tierra se encuentren un poco extrañadas al caminar por un seco campo de asfalto o al ver la bóveda celeste casi fea y oscura a fuerza de haber lumbrado la población.

No queremos decir con esto que una muchacha de pueblo hace siempre mal papel en la capital. Hoy día casi no nos diferenciamos porque en el terreno de las Extravagancias sabemos llegar donde las primeras y—ahora en serio—la cultura tampoco conoce ya fronteras pueblerinas.

Pero aún existe un no sé qué que nos hace... ¿superiores? no, por Dios detestamos las superioridades pues casi siempre llevan consigo un tinte de orgullo que afea y ridiculiza; es más hermoso este sentirnos un poco hermanos en estos tiempos en que se vive con tanta independencia y despreocupación de nuestros semejantes.

Es el color que predomina en el cuadro que retrata la vida de los pueblos. La joven no se encierra nunca en su esfera social; con tanta afabilidad saluda al más humilde como al más elevado. Hay una corriente interna que une, que hace sencillos a todos, sencillez que ha sido bautizada con el nombre de ambiente pueblerino, ¿por qué? No queremos que se nos conteste, sabemos que hay cosas a las que nunca se les supo dar su verdadero nombre y esta es una de ellas.

Ya estáis viendo que ni atacamos ni nos defendemos, ¿para qué? Somos como somos, ni mejores ni peores que las demás. Encajadas perfectamente en el sitio en que el Señor ha querido que vivamos y con esto, con ser felices aquí, donde Dios nos ha puesto, ya damos una prueba de ser inteligentes, porque alardear de lo que gratuítamente, sin esfuerzo, se nos dá y atacar a los que sin culpa suya no se les concedió otro tanto es si no de tontos, al menos de no muy sabios.

María Isabel Pedrero.

EL POETA CUENTA UN DIALOGO

(A José Fernández Arroyo.)

—He cubierto de pámpanos
y flores mi cabeza.
Y he liado a mi cuerpo
manadas de culebras.
Triste amigo, me lanzo
a las hermosas selvas.

—Yo llevo—y llevaré
a pleno sol mi testa.
He cubierto mi cuerpo
con la parda estameña.
Pobre amigo, yo busco
las verdades eternas.

—¿Por qué no me acompañas
a las hermosas selvas?
Allí será la vida
agua que se despeña,
allí serán las cosas
completamente nuestras.
La muerte llegará
—llegará... si es que llega—
cuando todo rumor
y fresca brisa sea.

—Por qué no buscas tú
las verdades eternas?
Conmigo aprenderás
lecciones de paciencia
y beberás conmigo
aguas que refrigeran.
La muerte llegará
—nunca faltar pudiera—
cuando todas las cosas
nos brinden su presencia.

Tristemente miráronse
los hijos de la tierra,
dudando cada cual
de lo que antes dijera.

Después, se repartieron
el retiro y la selva.

Angel Crespo y Pérez de Madrid

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Muro exterior de la vieja fortaleza.

Puerta de entrada al recinto murado.

Ruinas de la guerrera y religiosa mansión.

La victoria de las Navas de Tolosa es el desquite de la derrota de Alarcos. En este 16 de julio de 1212, Alfonso VIII ha visto compensadas con creces las amarguras de aquel desastre, acaecido diecisiete años ha.

La Orden de Calatrava abandona ahora la vieja fortaleza que reconquistara el santo abad Raimundo y decide su nueva fundación más al Sur, porque finalidad esencial de los monjes y caballeros calatravos es "vivir en frontera de moros y sacar de sus manos las tierras de sus mayores, que injustamente tienen usurpadas".

El octavo Maestre, Don Martín Fernández de Quintana, ordena el traslado a esta nueva residencia, después de cuatro años de obras emprendidas con vigor, suspendidas a veces por algaras de muslines o escasez de recursos, y definitivamente concluídas mucho después, cuando ya está lejos el peligro agareno.

¿Quién conoce en este disforme montón de ruinas el esplendor de otrora? Las torres enhiestas se inclinaron al paso y al peso del tiempo. Los machones recios de sus murallas se han desmoronado en gran parte. Desaparecieron las puertas, se limaron las escaleras hasta convertirse en rampas y los claustros son explanadas de pedruscos y terrones donde la hierba crece. ¿Quién es capaz de reconstruir, entre tanta desolación, la sala capitular donde se hacía la elección del Maestre, el refectorio, el parlatorio, la hospedería, la capilla cementerio dedicada a Santa María de los Mártires, los arcos y bóvedas de fina tracería mudéjar, los artesonados y cornisas donde campeaban en plata, oro y azul los blasones heráldicos de Girones y Padillas, Villenas y Guzmanes?

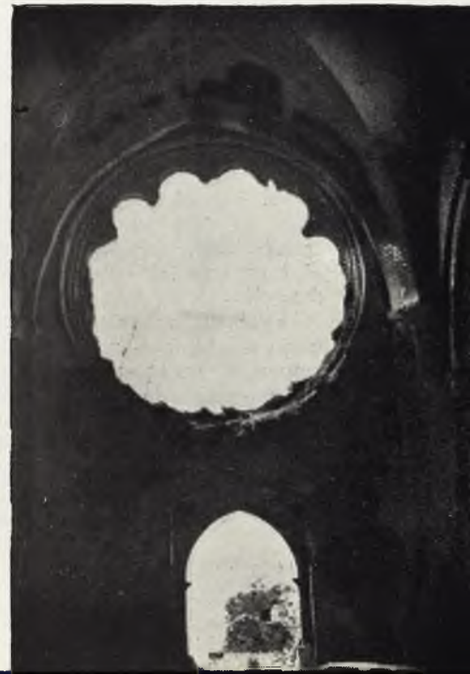
El ojo circular del enorme rosetón de doce lóbulos se abre todavía sobre la puerta ojival de la Iglesia: pero el objetivo de la máquina de Antonio Merlo ha de entonarse ante el cegador contraluz, cuya claridad era antaño tamizada por vidrieras polícromas que representaban los Misterios de la Virgen.

Cronos, inexorable, ha vencido a la ingente fortaleza de la Orden de Calatrava. Los hombres, con su incuria y desprecio de las glorias pretéritas, también contribuyeron a este secular abandono. Y hasta la misma Naturaleza, como en aquel terremoto de 1755, que con tanta intensidad se dejó sentir en nuestra provincia, aumentó los escombros al ocasionar nuevos desperfectos.

Calatrava la Nueva es monumento histórico nacional por Real Orden de 1.º de mayo de 1854. ¡Monumento nacional...! Lo fué, sin duda, y merecen serlo estas ruinas gloriosas. Pero los paredones cubiertos de musgo, las bóvedas sombrías donde anidan los grajos y las piedras vetustas, por entre cuyas oquedades se refugian los lagartos a nuestro paso, claman con voces de angustia, tan silenciosas como apremiantes, por una pronta y bien meditada restauración.

Fachada principal de la Iglesia.

Vista interior de la iglesia del castillo.



Calatrava la Nueva

Reportaje gráfico por Antonio Merlo Delgado.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

COMENTARIOS

al discurso de las armas y las letras

DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

ERA el aire de oro. Don Quijote hallábase sentado sobre grotesco dornajo y contemplaba en su mano la vulgaridad de un puñado de bellotas. Y habló:

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...

Los cabreros escucháronle absortos. «Embobados y suspensos», dice Cervantes. «Hablar a los sencillos—comenta Unamuno—, y hablarles sin intentar siquiera poneros a su alcance, hablarles en el tono más elevado, seguros de que sin entenderos os entienden.»

No pudieron, no, entender los cabreros a don Quijote. Sin embargo, parecióles que les había hablado en pie, recortada su alta figura sobre el fondo celeste, y en la mano un puñado de estrellas o quién sabe si su propio corazón.

* * *

Ciertamente, no puede intentarse comentario alguno sobre un discurso de Nuestro Señor don Quijote—como el de las armas y las letras—sin recordar aquel que profesó en una hora áurea y azul de las mejores primaveras.

Aquel a cabreros. Este a caballeros. Unamuno deja casi en blanco—suponemos perfectamente por qué—la página que corresponde, en su glosario, a este último. Unicamente unos renglones. Estos: «Con el buen suceso de los encuentros de la venta aumentaron los burladores de don Quijote, a los que enderezó este su discurso de las letras y las armas. Y como no lo dirigió a cabreros, lo pasaremos por alto.»

Parafraseando al primer Miguel, afirma el segundo, en su *Vida de don Quijote y Sancho*: Cervantes nació para contarla y explicarla, y para comentarla nací yo...» Pudiera ser exacto, por cuanto la distancia de uno a otro no es, después de todo, mayor que la existente entre la creación y el comentario a lo creado. Más, si ello es realmente así, esa página en blanco del comentarista, al topar con el «curioso discurso de las armas y las letras», equivale a una deserción.

Ahora bien; trátase, naturalmente, no de ensamblar apostillas de segunda mano o glosar ajenos comentos—ni aún de tan exaltada belleza como los unamunescos, vedados además por la laguna apuntada—, sino de exponer el propio criterio sobre el tema, pleno de sugerencias. Ni en castellano con pretensiones de «aquella época», porque ella fué de oro y éste sería de similor, mustia flor de «quiero y no puedo» y, si un poco se me apura, hasta herética alquimia. Tampoco con eruditos ribetes—los viejos libros amontonados sobre mi mesa de trabajo han vuelto a los estantes, alineados y serios, acaso un poquito resentidos en su empaque doctoral—. «Un tono de modernidad—advierte Ortega

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

en sus «*Meditaciones del Quijote*»—aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como puedan estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoyewsky...» Comentarios actuales, han de ser, pues. Encendidos por un hombre de ahora y con el lenguaje de nuestra contemporaneidad, a aquel discurso de la Idea y la Lanza que sería sin par si no tuviese parigual en el pronunciado ante los cabreros, gente de la gleba a la que el soldado de Lepanto quiso redimir al hacerlos dignos de escuchar la voz celeste de don Quijote.

Ni literatura de «pastiche», ni erudición a la violeta. Que cada uno diga la palabra que lleva dentro, no aprendida—como el cantar de las aves de Fray Luis de León,—y, de añadidura le será dado, seguramente, lo demás.

Por eso, Dante sin Virgilio, y un tanto paradójico, pues que no se trata de infernales círculos, sino del paraíso literario de la Hispanidad, reabro el Libro relicario de la raza, hontanar de profundas y altas cogitaciones universales. ¡Flecha que, disparada del arco español, cruza el aire zarco sobre las tierras y las edades, y logra,—milagrosamente multiplicada—las dianas más extrañas y remotas!...

—«Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería...»

El discurso de las armas y las letras—he ahí su auténtico comienzo— es el discurso de Alonso Quijano, no el discurso de Cervantes. El personaje es *del autor*, pero no es *el autor*. La teoría pirandelliana ha desvelado suficientemente esto, por lo que insistir fuera pecado literario sin posible Jordán.

Cervantes creó su don Quijote, pese a los que, cegados por el sol de su gloria, intentan regatearle un poco de agua al mar. Hay individuos—son esos mismos que gustan, aún temerosos, de adentrarse en castillos de fantasmas— que no se resignan a que personajes como *Alonso el bueno*—o como don Juan o Pedro Crespo...—pertenezcan tan sólo al reino de la fantasía y sean nada más—nada menos—que geniales creaciones de hombres desde los cuales el *cuid divinum* proyecta su luz. No. Ellos quieren saber que vivieron—con existencia física, tangible—, y en qué pueblo, y cuales fueron sus verdaderas costumbres y su nombre auténtico—y a veces, si la tuvieron, hasta el del ama de llaves—, y el día más alegre de su vida fuera aquel en que, polvorientos de viejos infolios, pudieran exhibir el «ábrete sésamo» de una ilegible—e imposible—partida de nacimiento.

—«...a muchos hemos visto, que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis como llevados en vuelo de la favorable fortuna...»

Cervantes creó su don Quijote, y la voz de don Quijote es la suya propia, no la de Cervantes. Después, lo dejó como en varada nave—fantasmales mástiles de ensueño—en el «estancado mar de tierra» de la Mancha, porque el maravilloso azar de su aventura necesitaba—escribe el abuelo Galdós—«aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, aquella tierra sin direcciones, aquel sol que derrite los sesos, aquel campo sin fin donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, aquella escasez de ciudades, aquel silencio». Y ya—subrayemos la misma advertencia cervantina—se limitó a contarnos su vida. Y como los árboles no dejan ver el bosque, así el angélico don Quijote, envuelto en los fantásticos chorros de luz de sus propias palabras, impide a veces vislumbrar esto: que en él fué siempre superior la palabra a la acción, el discurso al hecho, la fantasía a la realidad. Don Quijote no es el hecho, sino el verbo. Montaigne pudo contemplarse en tan alto espejo para repetir, más breve y enhiesta, su conocida frase, diciendo: «Je ne suis grande par mes actions; je le suis par mes fantaisies».

—«Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra...»

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Cuando don Quijote habla, hace insurgir lo que pudiéramos llamar *divismo* literario. Habla a cabreros o a caballeros, y le es igual; que no le importa que los unos se emboben o los otros se burlen, y apenas si algo le agrada es que le escuchen. Se olvida de comer y beber—eso queda para Sancho, y para los Sanchos—porque sus levantadas razones, rutilantes de la más extraordinaria y sin par belleza, son el pan de su espíritu y el vino jubiloso para la estrella que lleva dentro de su corazón. Y verran quienes han buceado y han investigado mucho para saber a ciencia cierta, con crítica exactitud de microscopio *por qué* el Caballero de la Triste Figura dijo aquéllo o afirmó estotro. Sin caer en la cuenta de que era el verbo de la Poesía, y en poesía no hay *por qué* ni *para qué*. No se extingue la sonrisa wildeana—«divina inutilidad del Arte»—y el poeta Clotet susurra: «porque sí, la razón más cierta.»

Como la estrella en el alto cielo horada con guiños de luz la seda del nocturno, y el ruiseñor prende su romanza de un rayo de luna, y besa el viento las lanzas de los álamos junto al sortilegio del río. Y—también—como el mar eleva su sinfonía sobre la espuma de las olas gigantes, cuyo ruido perdura en humildes caracolas... Así habló don Quijote.

* * *

—«...con las armas se defiienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos del mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más.»

Abogando don Quijote por la supremacía de las armas sobre las letras, permaneció absolutamente fiel a su destino. «Yo soy yo y mi circunstancia.», filosofa Ortega.

Fué la más árdua y marmórea defensa que—en los siglos—haya podido hacer un profesional de su oficio, siquiera sea éste tan alto como el de la quimérica caballería. Profeso el seráfico don Quijote en la andante orden, veladas sus armas ante la pila y junto al pozo—salió a verlo la luna al balcón de la noche, burlona también, como el ventero, los arrieros y las mozas, aunque sólo un instante: del pozo y la pila brotaron resplandores de blanco milagro—; su «curioso discurso» tiene, luego, los indelebles caracteres de lo fatal. Lo pronunció así, y no debió ni podía hacerlo de otro modo. Ni una tilde sobra ni falta. Es el discurso del profeso y—además—del profesor. Las quijotescas sombras de Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Palmerín de Inglaterra y demás ardidos caballeros, lo escucharían en posición de firmes, suspensos el aliento y el ánimo, oyendo la áurea vibración de la voz del maestro, en el rito de sus definiciones estelares.

* * *

«Jamás la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», escribíame un amigo de las jornadas más j ó v e n e s, cuando yo, lleno de ensueños literarios vestía la guerrera del soldado en la española corte.

Cierto. Jamás. Recordé entonces—es inevitable, naturalmente—a Garcilaso, el más claro símbolo de la unión de la lira y la espada. Amor, guerra, poesía, trazan el fugaz triángulo de su vida. En Foletá, en Túnez o en Viena, fué siempre el militar español, y basta, que más no puede decirse de soldado alguno de la tierra. Amó mucho—¡oh aquella «sirena del mar napolitano» de su verso, del verso de este hispano Petrarca que trajo, con el laurel de sus hazañas, los aires renovadores de la eterna Poesía!—, y murió muy joven, como amado que era de los dioses.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Y recuerdo ahora a Jorge Manrique, el de las coplas de aliento inmortal, que puso el río de su vida al servicio de la catolicidad de Fernando e Isabel, y por ellos batallando, frente al marqués de Villena, fué «a dar en la mar que es el morir». Y al propio Cervantes, fuerte en el cautiverio y alegre en la milicia, mano herida en provecho de la obra divina, pecho condecorado en Lepanto con la roja cruz inmediata de los arcabuzazos...

Así, con sangre—no con hueras palabras—, se ha sellado siempre en España la sacra hermandad de las armas y las letras

«Volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras—discurre Alonso Quijano—, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas...»

Viejo pleito, ¿permaneces sin fallar todavía? Porque, si así fuera, yo, exégeta humilde y emocionado, gustaría de oir a quien, tan ducho en escuderiles andanzas como de probado saber y entender en el gobierno de la ísula Barataria, dejaría unos instantes descansar al espíritu, tenso por las sublimes locuras de su señor. Sancho, socarrón amigo de los refranes habidos y por haber, diríanos—a buen seguro—aquello de «más vale mal arreglo que buen pleito»; lo cual, aunque nos duela un poquito a los que letrados somos, exclaustra una soberana verdad. Claro, que bien pudiera sentirse el Sancho juzgador de otrora, el que, rechazando que *don* le antepusieran, sentenció:

—«Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón...»

Pero no. Ya tenemos aprendido que con la mejor sangre se profirió la sentencia del litigio. Y si es que alguien—nunca faltaron en nuestro país, por desdicha, los críticos a ultranza, los disconformes, los descontentos—cometió el yerro sin disculpa de alzarse del fallo para siempre quedó resuelto y en santidad de cosa juzgada por el Supremo Tribunal de la Cruzada, compuesto de invictos guerreros e ilustres letrados. Austeros, insobornables jueces en nombre de España, ecuménica y misionera, patria de la Conquista y del Ensueño.

Bajo el dosel, las efigies fraternales del Capitán y del Letrado. El orífice de la victoria y el poeta sembrador de la semilla. A las órdenes de ambos—el bardo, como el Cid, gana batallas después de muerto—, letrados y guerreros, todos soldados de España. Fecunda e indestructible hermandad de la pluma, la espada, el arado... «¡Ay de la familia desunida!», en la bíblica admonición. Feliz, en cambio, la que sin querellas ni discordias vive: el mismo pan en la mesa de todos. Limpios manteles y limpia conciencia a la hora del yantar.

Tengamos, en definitiva, presente, que el propio Quijano fué a las armas por el camino de las letras. ¡Cuántas noches de «claro en claro» y cuántos días de «turbio en turbio», en la soledad de la lugareña biblioteca!... Acaso, cuando concluyó su ardiente alegato, recordaría el cura que tuvieron «muchas veces competencia». Y «le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer.» No consta que don Quijote respondiese. El habíase anticipado: «... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que a un fin tan sin fin como éste, ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas...»

José S. serna.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

SONETOS

A. C. L.

He mudado de nombre y ya no quiero
este nombre de Juan que ayer tenía,
he mudado mi pena en la alegría
de ser de tu alegría el compañero,

he mudado mi vida porque muero
por ti y por ti me salvo cada día,
he mudado los hierros que tenía
en libertad de ser tu prisionero.

Libre soy preso en ti. Tú, guardadora
de la dulce prisión que me enamora,
de la cárcel de amores donde vivo.

Llaves de mi prisión son, con tu frente,
tus ojos y tu voz. Y eternamente
dejaré de ser Juan por ser cautivo.

Todo me llama a ti, todo me llama
a vivir solamente por quererte:
tú eres el fruto que soñó mi rama,
tú eres la vida que venció a mi muerte.

Vivir se llama amarte y merecerte
y en este amor que el corazón inflama
yo soy limpia madera en que encenderte
y tú eres viva y poderosa llama.

Me llevan hacia ti la mar, las flores,
los vientos, los sonidos, los colores,
todo cuanto Dios hizo a su figura...

Todo cuanto estremece mi garganta
para cantarte a ti como se canta
al mismo Dios creador de tu hermosura.

Tal vez no sepas nunca que me abraso
en la encendida llama de tu vida.
Quizá no sepas nunca que es mi herida
una herida que abrió tu voz de raso;

Ignorarás tal vez que en el ocaso
en que estaba mi vida recluída,
recobré con tu voz de amanecida
olvido a mi dolor y a mi fracaso.

Como el mundo, rodando eternamente,
así mis tristes ojos por tu frente,
ruedan buscando el sol de tu mirada;

mas tú quizá no sepas que me muero
en esta lucha en que triunfar espero
no resistiendo al filo de tu espada.

Juan Pérez-Creus.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

HE AQUI

que un amigo lejano vuelve a servirse de su "guía"...

DESDE 1927—lo he dicho en otra parte—son bastantes los muertos literarios que han alcanzado en nosotros su desquite. Durante nuestra guerra, el arte, rehumanizado, sangriento, se olvidó de Bécquer y de Larra, y éstos son los únicos que bien pudiéramos decir que, para todos aquellos que estábamos ceñidos por un anillo trágico, se quedaron vencidos, sin vengarse. Y ahí esperan, a pesar de esos cables de «Azorín» y Baroja. Pero San Juan de la Cruz, Quevedo y Cervantes nos han matado *de verdad*. Nos matan; que cuando pasan los centenarios es cuando huyen los grajos por la carnaza nueva—¿la de otros centenarios?—, pudiéndose oír, entonces, el canto verdadero de los dolientes ruiseñores.

San Juan de la Cruz, Quevedo, Miguel... Sin renegar de ese exquisito poso que toda tendencia deja en nuestra vida, ellos han filtrado nuestra agua, han hecho que volvamos a nuestra «mesma» fuente. En una palabra: nos han librado un poco de esa proustiana polilla que nos roía la pluma. Nos han traído a lo nuestro. Y ahí están. Los veréis a través de esa lira absorbente, de ese recio soneto, de esa prosa tan grácil, tan maciza...

Con Miguel—Dios no tiene apellidos, y los genios se aproximan a Dios—,

"Atardecer" (Lagunas de Ruidera), cuadro de Salvador Gijón

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

con Miguel, hemos dicho, llegó a nosotros, en pleno centenario, otro amigo lejano. Lo teníamos casi como olvidado desde 1930, un día de noviembre. Dejó en nuestra mesa su último volumen: «Es Don Quijote el que guía». Y se fué. Se fué hacia su Ruidera de agua, solitario y alegre. Se nos quedaron dos cosas del amigo: lo mucho y efusivamente que hablaba, y aquella lista de sus obras. Nosotros sólo habíamos hecho un solo libro: aquél de los primeros veinte años, ante el cual todos los poetas —lo has dicho tú, Angel Lázaro—tuvimos miedo a morir antes de haberlo visto publicado. Se lo dimos también. Y se nos quedó, sellando el intercambio, aquella sonrisa generosa, su mundana displicencia, su melancolía bien llevada...

"Teresa Panza", cuadro de Salvador Gijón

Cipriano Salvador Gijón se llama aquel amigo. El escritor ha dejado la tinta. Ha exprimido el color. Y ahí lo tenéis por esas tierras de Quevedo, por Infantes, «ganando el pan» con sus pinceles. Yo he contemplado unos dibujos a la sanguina, en los cuales las mujeres del «Quijote» adquieren una casi pétrea, pizarrosamente sangrienta plasticidad. Todo, en un simple, en un elemental clasicismo. Como pintado con sangre —raspada— sobre cal, como a punta de tiza sobre un ladrillo áspero Y sólo la mujer, la cabeza, entre un poco de aire, una bocanada de sol, algún cacho de muro... ¡Mujeres del «Quijote»! ¡Magnífica degollación de Altisidoras, Tolosas, Molineras...! Pasando nuestros ojos sobre estas María-Antonietas cervantinas, evocamos aquellas «Cabezas de la Raza», maduras de luces de museo, del triste y siempre amado Julio Antonio. Es la mejor comparación.

Y nada más, lectores. Ahí tenéis al «solitario de Ruidera», como le llamaron entonces. Desconozco, como tú, el original de esos paisajes, cuyo color hemos de adivinar por las fotografías. Por lo demás, el alma de esos lienzos está en completo acuerdo con la emoción que guardo de aquel sitio. No creo que el color sea un espantapájaros de este agrado emotivo. De todas formas, podríamos convencernos por nuestros propios ojos. ¿Qué lugar de la Mancha está obligado a ello? ¿Dónde podría exponer nuestro amigo...? Yo creo que una ciudad, silenciosa para Gabriel Miró—para «Sigüenza»—, debiera responder a estos renglones.

Juan Alcaide Sánchez.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

El miedo

(CUENTO)

Por Angel Dotor

Más de media hora tardamos en llegar a la casa de labor, desde pleno monte, en donde aquel día de enero nos sorprendió la nevada. Interrumpida la cacería nuestra marcha fué lenta y penosa, porque el fuerte viento y los arreos dificultaban el acceso a través de cañadas y alcores.

Al llegar vimos guarecidos en derredor del hogar algunos pastores, que habían prendido buena fogata y hablaban del poder del miedo. Nos quedamos a escucharles, máxime al ser el tío Celestino, viejo rabadán a quien ya conocíamos, el que comenzaba a narrar una inquietante historia.

Referíase a aquellos ya lejanos años en que él iba con el gran rebaño trashumante del marqués de P. al fértil valle de la Alcudia, la tierra siempre pródiga en pasturaje, situada más allá de las llanadas calatravas de la Mancha Alta. Su verbo, de cálida y jugosa simplicidad, describía admirablemente aquella región, comprensiva de buena parte de la provincia de Ciudad Real, confinante con las otras tres, en parte también manchegas: Toledo, Cuenca y Albacete. «Aquel terreno—decía—es muy distinto de éste de nuestra vieja Castilla. Aquí los pueblos, por lo general, son pequeños y se encuentran cercanos; allí son grandes y están lejos entre sí. Aquí predomina el trigo y el pino; allí la vid y la encina. La propiedad está entre nosotros muy repartida, mientras que en la Mancha, por el contrario abundan el absentismo y las fincas de enorme extensión. La industria vitivinícola, que tanto se ha desarrollado allí, merced al poder admirable que tiene el suelo para el cultivo del bíblico arbusto, ha enriquecido a sus pueblos: Valdepeñas, Tomelloso, Manzanares, Alcázar, La Solana, Argamasilla...»

Y siguió el pastor hablando de parecida guisa a como nosotros describimos, a grandes pinceladas, la Mancha. Por la feraz campiña, entre pueblo y pueblo, vénse diseminadas numerosas edificaciones, blancas por el enjalbegado de reminiscencia agarena, todas ellas destinadas a guarecerse labriegos y ganados, a las que los naturales del país denominan *quinterías*.

Los labradores, los *gañanes*, permanecen en el campo toda la semana, principalmente durante la época hiemal, en que han de binar viñas y roturar barbecheras. Salen del lugar el domingo, a la caída del véspero, y van por los caminos con sus carros y yuntas, bien aprovisionados para los seis días, llegando a la *quintería*—en ocasiones, vestigio de la antigua venta—a la hora de hacer la cena y acostarse para madrugar al día siguiente y tra-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

bajar. No ha de tornar al pueblo hasta el sábado siguiente, al mediodía, con el fin de renovar sus provisiones, reparar los útiles del trabajo, atender un poco a su simplicísimo aseo personal y ver, a la vez, a la familia, a la esposa, a la novia...Caminan cantando, animosos, mientras el sol agonizante ilumina con sus rayos postreros aquella caravana de la gleba, que a veces se extiende en larga hilera. Y allá, a su llegada a la habitación campestre, que siempre está abierta ofreciendo asilo al labriego que necesite ocuparla y al pobre viandante desheredado que haya menester de refugio, han de convivir todos en fraterna promiscuidad.

Se da a veces el caso de encontrarse solo un labriego por todo ocupante de la quintería; pero estas gentes, habituadas a las privaciones, a los rudos trabajos, e, indistintamente, a la compañía y a la soledad, no sienten, por lo general, el miedo. Mas éste, como algunas otras cosas, puede presentarse en quien menos se piense y cuando menos se crea, como lo prueba esta narración del longevo pastor.

Fué el sucedido un día de crudo invierno, como aquel de nuestra desafortunada cacería. Llegó solo un joven zagalón al apartado habitáculo, situado en plena llanura por la que otrora efectuara su primera salida Alonso Quijano *el Bueno*. No había nadie—que se viese—en ella. Desenjaezó sus mulas, diólas pienso y, por último, prendió en el hogar unas gavillas bien secas que como incipiente combustible del pueblo llevaba, a fin de calentarse y preparar el condumio—las insustituíbles *gachas* de almortas y los sabrosos torreznos—, cantandillo, a todo esto, sus endechas en recuerdo del amor que a dos leguas de distancia dejaba. Una vez terminado todo ello preparóse para cenar y, apartada ya la sartén y con pan y navaja en mano, ocurrióse le decir en alta voz, al mismo tiempo que se sentaba, con tono irónico al creer firmísimamente en su completa soledad:

—¡Vaya!, ¿Ustedes gustan?

Y no bien hubo acabado de pronunciar aquellas contadas palabras cuando oyó que respondían con hoscas y entrecortadas voces, desde el fondo de la destartalada estancia:

—¡Muchas gracias! ¡Que aproveche!

Eran unos mendigos, tendidos e invisibles en un rincón de la cuadra, en la que antes de llegar el mancebo habíanse guarecido, despeados por el largo caminar, para pasar la noche, los que, creyéndose en verdad invitados, así contestaban.

Pero el joven labriego, que dijo aquellas palabras plenamente convencido de ser él la única persona que allí alentaba, no imaginando, por ende, que nadie le respondería, recibió el susto más formidable que cabe concebir. Se produjo en él una brusca reacción y levantóse en actitud vesánica. Precipitadamente unció de nuevo los semovientes, sin voluntad ni dominio de sí, tembloroso y balbuciente, obsedido por la idea de la veloz huída, y a toda prisa, dejando allí la mayor parte de los aperos que del pueblo había llevado, partió en retorno hacia el mismo a todo el galope de la fustigada yunta, despavorido, aterrado, jadeante como alma que lleva el diablo.

Apenas si con entrecortadas palabras pudo después explicar lo sucedido. Postrado y abatido, a los pocos días murió.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

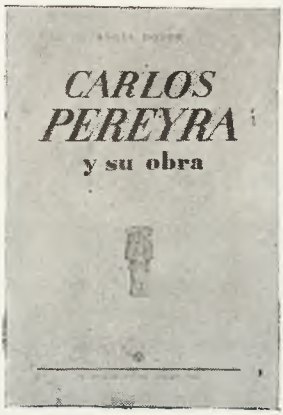
GALERIA DE PUBLICACIONES

ANGEL DOTOR Y MUNICIO

«Carlos Pereyra y su obra» (Madrid 1948.)

Angel Dotor ha frecuentado en Madrid durante muchos años la casa donde vivió el matrimonio constituído por don Carlos y doña María Enriqueta Camarillo. Escritores ambos El, por añadidura, relevante abogado y diplomático. Ella, poetisa, además, de sutil estilo.

Carlos Pereyra Gómez, después de residir en España por espacio de veintiséis años, muere en Madrid en 1942. Deja una obra extensa, esparcida principalmente en el campo de la literatura y el periodismo hispano-mejicanos. Pero Pereyra es, ante todo, un gran historiador, de intensa cultura e infatigable actividad. Un hombre que ataca con valentía los prejuicios y lucha contra las consagraciones inmerecidas. Su personalidad se agiganta hasta destacarse como la de uno de los primeros hispanistas.



Dotor y Municio, que ya en 1943 había escrito un documentado libro acerca de la vida y obra de la insigne poetisa esposa de Pereyra, recoge ahora en este volumen recientemente aparecido, la labor del eminente jurisconsulto y escritor mejicano. Hace una biografía del gran hispanista; recopila, en una escrupulosa tarea, la síntesis de cuanto acerca de este hombre se scribió en distintos países y analiza su obra: desde los primeros balbuceos, cuando Pereyra sabe atraerse, todavía adolescente, la atención de los públicos, con sus artículos y discursos, hasta los días en que llega a ser el historiador y periodista de universal prestigio.

Gran figura esta de Carlos Pereyra que podemos conocer y admirar a través de las páginas de este libro. Vida y obra destacadas sobre el fondo de un cuidadoso análisis y perfiladas en frases donde la exactitud del más escrupuloso publicista va paralela con el cariño y recuerdo del más entrañable amigo. Bueno, muy bueno, en suma, este nuevo libro de Dotor, porque ha sabido resaltar la biografía y la tarea del ilustre mejicano en una prosa sencilla, amena y hondamente sugestiva.

MATIAS GOTOR Y PERIER

"Versos a Manuel Rodríguez"

Entre lo mucho que se ha escrito después de la muerte de «Manolete» acerca del gran torero que tantas veces llenó de entusiasmo las plazas españolas, ha aparecido este librito de versos debido a la pluma del inspirado poeta Matías Gotor y Perier. Ello nos depara la grata oportunidad de ocuparnos por vez primera en esta Sección bibliográfica, aunque muy brevemente, del gran poeta albaceteño. De Gotor conocíamos mucho. Habíamos leído los versos de aquella época anterior a nuestra guerra, cuando los originales de Matías destacaban entre las selectas colecciones que componían los números mensuales de la revista de Albacete «*Agora*».

Hay en este libro de versos a Manuel Rodríguez un estilo poético elegante y expresivo, que se vierte en seis breves composiciones ante las cuales aparece la figura del torero genial ceñida íntimamente a las estrofas de Gotor. Son estas composiciones como seis estampas en las que el poeta ha reflejado la vida y la muerte del torero; el luto que su ausencia deja para los artistas devotos de su estilo; la figura del toro «asesino», y, entre todo, para nosotros, lo mejor del libro está en esa décima maestra con que cerramos nuestro comentario:

"En agosto y en Linares
—sol y minas—, un Miura
te ha quebrado la cintura.
te ha roto los alamares.
La tierra, los olivares.
La mies, el viento, el cantar,
quedaron sin respirar
—pasmo y sangre en la garganta—:
la pena es tan dura y tanta
que no han podido llorar.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.

Ejemplar

GRATUITO

Imprenta "T. P. A."
ALCALA DE HENARES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #18, 4/1948.